

**C A P Í T U L O X X I V**

---

**De la última e inesperada aventura del Dr. Quix, y otros sucesos con los cuales termina su mal pergeñada historia**

Cuatro semanas después de los sucesos narrados, la villa de Mapiche estaba completamente transformada para los que la conocían y vivían lejos de ella, como D. Manuel Alquiza: en materia de nombres, el Progreso no había dejado títere con gorra. El Flamígero, en cada número, daba la noticia de algún nuevo adelanto. Pronto empezaron a llover sobre la villa los catálogos, circulares y anuncios de las fábricas extranjeras que están a caza de nuevas plazas de consumo para sus artefactos y productos de exportación.

Macario y los del Ayuntamiento, bisoños al principio en el arte de progresar al vapor, pronto comprendieron a fondo el juego, y empezaron a explotarlo a su gusto en el campo de la política, emancipándose de los consejos de D. Gaspar, quien nunca creyó que la broma tomase tales proporciones. Tan peritos estaban, que de acuerdo con el maestro Toribio, y a escondidas de D. Gaspar, para que éste no se les escapase, encajaron en El Flamígero un artículo en estos términos:

“Otro gran Progreso. Siendo, por desgracia, muy frecuentes los incendios en la comarca, el ilustre Ayuntamiento, acogiendo el noble y humanitario pensamiento del eminente sabio Dr. Quix, ha tenido a bien decretar la organización de un Cuerpo de Bomberos, de acuerdo con los adelantos del siglo; y considerando el espíritu progresista del notable ciudadano D. Gaspar Umpierres, y los grandes y heroicos servicios que ha prestado en este ramo, desde luego lo ha nombrado con general aplauso Primer Jefe de dicho Cuerpo en el Cantón”.

—¡Me han trabajado, mi amigo! —decía D. Gaspar al Vicario, sin poder contener la risa, comentando dicho artículo— esta ha sido la bomba más gorda de El Flamígero. Yo creía a Macario más pollo en estas materias, y resulta que me ha dado una picada de gallo fino!

—¿Y con qué pensarán comprar las bombas y sostener el Cuerpo? —preguntó el Vicario con toda la sencillez de su buena fe.

—No sea candido, mi amigo: le digo que todo es bomba y pura bomba. ¿Sabe usted lo que pienso hacer en ejercicio de mi cargo? Vivir prevenido de tinajas y totumas, para cuando ocurra el caso!

El Jardín Zoológico se había instalado con música, pólvora y discursos en el patio de la caballeriza del Cosmopolita, donde se construyó la jaula para el tigre. Con una dificultad tropezó el Ayuntamiento en el amplio sendero del Progreso: la penuria del tesoro público, pues la rentas del Cantón no soportaban tales extraordinarios. Esta dificultad fue obviada con una gran medida, medida paternal y salvadora, aconsejada por economistas de nuevo cuño: se creó un impuesto más, con el nombre de Fomenticio, impuesto sagrado que debían pagar todos los vecinos por fas o por nefas, porque estaba destinado al progreso de la villa, representado por el momento en dos grandes objetos: el tigre, que pedía seguridad y alimentos: y El Flamígero, cuya impresión había que pagar semanalmente al maestro Toribio.

Los de la villa empezaron a refunfuñar contra el nuevo impuesto, aunque nadie se atrevía a hablar claro, por temor al calificativo de retrógrados. No sucedió así en las aldeas, donde el Fomenticio levantó gran polvareda, polvareda que en el Granadillo formó un nublado, en medio del cual aparecía la figura del capitán Rodríguez, como un Júpiter pronto a lanzar rayos y truenos contra el gobierno del Cantón.

Tal era el estado de las cosas, cuando una noche —noche de oscurantismo y de barbarie, como la calificó el Dr. Quix— entraron a deshoras en la villa diez hombres embozados, que rodearon en silencio la casa y alrededores del Cosmopolita. La población dormía en la mayor quietud: sólo D. Quijote velaba, trazando el plano de un gran Odeón para Mapiche, que había ofrecido presentar al Ayuntamiento. Cuatro hombres, ágiles como ardillas, saltaron hacia adentro por las tapias del corral, mientras los otros quedaron fuera, repartidos a trechos en la calle.

Ya hemos dicho que en el patio de la caballeriza estaba la jaula del tigre. Los embozados se deslizaron como sombras, pasando del corral a dicho patio, donde rasparon fósforos, encendieron dos luces y se acercaron a la jaula: el tigre se puso en pie y clavó en ellos sus ojos amarillos y siniestros. Dos de los salteadores iban provistos de sendos palos, en que enastaron lanzas que llevaban al cinto, a tiempo que los otros levantaban las velas encendidas para alumbrar bien la jaula.

Los dos lanceros se cruzaron una mirada de inteligencia, brillaron en el aire los aceros, y con la celeridad del rayo fueron a clavarse en el cuerpo del tigre, el cual da un rugido espantoso y se lanza contra los barrotes de la jaula, donde acaban de matarlo sus misteriosos enemigos.

Con los formidables rugidos de la fiera, despiertan los de la casa y todo el vecindario, pero sólo D. Quijote se precipita del altillo, y corre al teatro del desastre, en momentos en que daban al tigre los últimos lanzazos.

—¡Ah, malandrines e infames asesinos!... —exclama, lanzándose contra ellos a puño cerrado.

En este preciso instante apagaron las luces, y uno de los matadores del tigre dio al valeroso Caballero tan fuerte golpe con el palo de la lanza, que lo tendió en tierra aturdido y bañado en sangre.

—Aquí de la justicia!... ¡aquí del Alcalde!... Pronto, señor hotelero, acudid con la servidumbre, que hay asesinos dentro de la casa!...

Oyendo estas voces, mezcladas con los ayes lastimeros que el doctor daba, acudieron el maestro Toribio y otras personas de la casa, y en último lugar Sancho, a quien se volvió D. Quijote, para decirle con doliente voz:

—Vuela, Sancho, a casa del Alcalde, para que no se escapen estos malhechores. Mira, qué gran herida me han hecho en la cabeza.

Acercaron las luces, y en viendo Sancho la sangre que cubría el rostro del valiente Caballero, díjole indignado, pero con sorna:

—Quiero ahora saber, mi muy benigno señor, si aprisionados como lo merecen estos criminales, piensa su merced tomarlos de su cuenta, para tratarlos lo mismo que al Zorro, a vino y caldos de gallina.

—¡Ah, grandísimo bellaco! A palos los trataré yo si caen por mi mano.

A la noticia del tigre muerto y el Dr. Quix apaleado, la villa entera se puso en alarma. En la conciencia de todos estaba la verdad del hecho, que

en público se tenía como un misterio. Aquellos hombres venían del Granadillo, y todos señalaban al capitán Rodríguez como autor de la tragedia del Cosmopolita, que acabó a lanzazos con el Jardín Zoológico. Pero nadie se atrevía a decir nada, unos por miedo al famoso caudillo, y otros, porque de todo corazón aplaudían el hecho. El sumario, instruido con gran aparato de justicia, no dio la menor luz, no obstante ser público y notorio que el capitán Rodríguez había dicho en plena plaza del Granadillo, protestando contra el nuevo impuesto:

—Ese tigre nos hace más daño enjaulado que suelto.

Por estos días había llegado a Mapiche, y hospedándose en el Cosmopolita, un maromero con un gran globo, en el cual ascendía, haciendo suertes. Pronto salió el programa de la primera función, novedad que vino a distraer los ánimos, preocupados con el último suceso, pues ya no se habló de otra cosa sino del próximo espectáculo nunca visto en la comarca.

Santiago había abierto su taller de sastrería con el resonante título de El Figurín Parisiense, que todos juzgaron muy propio y verdadero, por venir el sastre directamente de Europa, inclusive Policarpo, quien al punto mandó a hacer un vestido *chic*, primero que se pondría cortado y hecho en el país.

Cuando ocurrió la tragedia del Cosmopolita, el Vicario llamó a su ahijado, y le dijo:

—Guárdate, hijo, de mover tus labios contra mi compadre el capitán Rodríguez, que es hombre peligroso tratado por las malas. Ya sabes que la política es un toro que da vueltas sin cesar, y el día menos pensado lo podemos tener de Alcalde. Prudencia, pues, y mucha prudencia.

Demasiado lo sabía Santiago: así fue que, sin meterse en hablillas ni enredos, se contrajo a prodigar con verdadera solicitud todo género de atenciones y cuidados a su excelente protector y amigo Dr. Quix, mientras sanaba de la herida.

Además, hartó tenía él en qué ocuparse, pues todos sus pensamientos estaban en María, de quien dependía su suerte. A los veinte años, una preocupación de esta naturaleza es absorbente. Después del paseo a la Horqueta, vivía entre el temor y la esperanza. El paso más delicado e importante estaba ya dado: su amor no era ya un secreto para María, pero la visible

sorpresa y turbación de ésta, se prestaban a encontradas interpretaciones. Hizo depositaria de sus impresiones a la buena Romualda, la cual recibió grandísimo gusto, aprobándole una elección tan feliz, en que ella había pensado más de una vez. Lo alentó y le dio esperanza; sin embargo, cuando Santiago le manifestó sus temores de que María correspondiese a Nachito, Romualda se llenó de congoja, e hizo propósito de averiguar lo cierto con las precauciones del caso.

Un sábado en la tarde, se presentó en la hacienda de D. Luis el sirviente del Vicario, con una esquelita de éste, que recibió y leyó María, porque iba abierta. Decía así:

“Mi querido cuñado: Interesa que vengas mañana con mi hermana Paula, pues estoy comisionado para tratar con ustedes un asunto de familia, relativo al porvenir de mi buena sobrinita María. Haz que venga también ésta, porque debemos oír su parecer. Tu afectísimo. Juan”.

María se demudó al instante, y anegada en llanto entregó el papel a su madre, que lo leyó con rapidez, esperando hallar en él alguna mala noticia.

—Pero, hija ¿por qué lloras? Este llamato no tiene nada de particular.

—¡Ay, mamá! Sí tiene, y mucho: yo adivino para lo que puede ser. La última vez que me habló Nachito, me dijo que si no le daba directamente el sí, se valdría de su padre para que pidiese mi mano formalmente...

—¡Del capitán Rodríguez!... ¿Eso te dijo?... —exclamó atribulada doña Paula.

—Sí, mamá, y yo les había ocultado esto, para no mortificarlos, porque comprendo lo grave que será darle un no al capitán. De seguro, que él mismo o Nachito se han dirigido ya a mi tío, y para esto nos llama.

Madre e hija se llenaron de angustia, y lo mismo pasó a D. Luis, cuando se impuso de la esquila y de los fundados temores de María, pero dejándose llevar del cariño entrañable que a ésta profesaba, le dijo con resolución:

—Cuenta, hija, conque si tú no aceptas a Nachito, porque no sea de tu agrado, aunque rabie y truene el capitán Rodríguez, le daré un no rotundo. En fin, mañana se verá.

Todos pasaron una noche de inquietud y zozobra: el bravo capitán era su pesadilla.

El día amaneció hermoso. María mañaneó más que de costumbre,

cogió las mejores flores del jardín y se las puso a la Virgen, encendiéndole varias luces en el altar, para que los sacase con bien del peligroso trance.

Cuando llegaron a la casa del Vicario, éste los recibió cariñosamente en el zaguán, y D. Luis y doña Paula se entraron con él a la sala, mientras María, llamada por Romualda, se fue con ésta para el interior de la casa. Después de los cariños de costumbre, la anciana puso las manos sobre los hombros de la hermosa niña, y se quedó mirándola fijamente: en su rostro amable se pintaban con extremada viveza la curiosidad, el temor, la súplica y una secreta alegría.

—Dime, hijita —le dijo por fin— ¿no has pensado nunca en casarte? Hoy van a pedir tu mano...

María la miró estupefacta, e iba a pedirle explicaciones, cuando oyó la voz de su madre que la llamaba con instancia.

La joven entró a la sala de la Vicaría, temblando de pies a cabeza, y pálida como un cadáver.

—Tranquilízate, hija —le dijo doña Paula— Mi hermano nos pide tu mano ciertamente, pero no para Nachito...

—¿Y entonces para quién? —preguntó ella respirando con libertad.

—Para su ahijado Santiago García. La transición era demasiado violenta. En el semblante de María, lleno de sorpresa y de infinito gozo, y a través de las lágrimas que lo inundaban, leyeron sus padres y su buen tío, la íntima aceptación de su propuesta.

—¡Yo siempre lo he querido!... dijo María, echándose en los brazos de su madre, que lloraba también de contento.

Fue aquel un día de gran regocijo en la casa del Vicario, quien se ocupó en arreglar con D. Luis y doña Paula todo lo concerniente a la próxima boda, contando para ello con los trescientos pesos que había reunido, y se conservaban intactos en poder de D. Manuel.

Santiago y María, entretanto, hablaban de amor y de ventura bajo la poética sombra de las trepadoras y los rosales, en que jugaron de niños, oyendo el tic-tac del reloj de la Vicaría, y fraguando planes contra los dulces y golosinas guardados en las alacenas del comedor. Romualda, llena de alegría, preparaba el almuerzo con los extraordinarios que el caso pedía, con tanta mayor razón cuanto que el Vicario había mandado recado a Macario y

a D. Gaspar, para que viniesen a almorzar, deseando compartir con ellos las gratas impresiones de aquella fiesta de familia.

De sobremesa estaban, cuando llamaron a Macario, de parte del maromero, quien lo esperaba en el zaguán de la casa.

—Oh, señor Alcalde, vengo a imponerle de un asunto, y a salvar mi responsabilidad.

—¿De qué se trata, amigo?

—Es el caso que estaba yo en el hotel desenfardelando el globo, y haciendo otros preparativos para la ascensión anunciada, cuando repentinamente se me acercó el Dr. Quix, diciéndome que costara lo que costara, el globo quedaba de su cuenta, y que procediese a inflarlo, porque iba a hacer una excursión científica por los aires. Yo, con el respeto debido, traté de disuadirlo de tal empresa, pero ha insistido con tal resolución, que allá ha quedado solicitando la barquilla.

Tanto el Alcalde como el padre Juan, D. Gaspar y Santiago, que habían salido al llamado del maromero, oyeron a éste con gran sorpresa.

—Eso es una locura —dijo el Vicario— y debe impedirse a todo trance.

—Eso mismo creo yo —agregó el maromero— y por eso he venido a avisarlo al señor Alcalde, para que ordene lo conveniente.

—Pues yo opino porque hay que darle gusto —dijo D. Gaspar— ¿No ven ustedes que se trata de una expedición científica, dirigida en persona por el ya célebre inventor del heliógrafo, cazador eléctrico, sabio eminente y viajero universal Dr. Quix? ¿Qué se diría en el mundo moderno si aquí le impidiésemos tal empresa? Por el contrario, creo que debemos ayudarlo a conseguir su objeto, en obsequio de la Ciencia y del Progreso.

Ante estas dos palabras, como si fuesen un conjuro mágico, todos inclinaron la cabeza. Macario fue el primero en romper el silencio, dando orden terminante al maromero de que inflase el globo y accediese en todo a las exigencias del doctor, con lo cual se haría partícipe de tan gloriosa empresa.

Uno y otro se fueron en seguida para el Cosmopolita, y D. Gaspar quedó con el Vicario y Santiago comentando el peregrino caso.

—No tengan ustedes cuidado por la vida de nuestro atolondrado doctor: secretamente advertiremos al maromero, para que fije una cuerda en la

parte inferior de la barquilla, de suerte que el globo quede cautivo, y vuelva a tierra con toda seguridad.

En esto llegó a la Vicaría el maestro Toribio, en solicitud de D. Gaspar, para que lo sacase del aprieto en que lo había puesto el Dr. Quix, encargándolo de conseguir la barquilla.

—La cosa no es tan fácil —dijo D. Gaspar— pues tiene que ser de mimbres o de cuero, hecha a propósito. ¿Qué haremos, mi amigo?

—Al maromero se le ha ocurrido que pueda servir un catre de cuero patas arriba, pero yo no me atrevo... en fin, a eso vengo.

—¡Magnífica idea! No puede darse una barquilla más liviana ni más sólida, y además, ya está hecha. Que arreglen el catre y yo respondo del resultado.

El maestro Toribio no esperó más, y se fue contentísimo a poner en ejecución la salvadora idea.

Horas después, la plaza estaba repleta de gente: el enorme globo empezaba a cabecear en el aire, inflándose con lentitud. El Dr. Quix iba y venía, completamente enajenado, acomodando los instrumentos científicos en la improvisada barquilla. Sancho, que se había negado rotundamente a subir, cuando supo por Santiago, en mucha reserva, que el globo no pasaría de cierta altura, porque lo iban a tener amarrado, se resolvió a echarle un vistazo a la tierra desde lo alto, lo que vino a ser de gran conveniencia, puesto que el Dr. Quix era liviano como una pluma, y el globo necesitaba lastre.

El momento anhelado llega: el globo está completamente inflado; y reina un completo silencio. De pronto crujen las cuerdas, se oye un grito inmenso, y todas las caras se vuelven hacia arriba: el globo subía rápido y majestuoso, llevándose a los dos atrevidos aeronautas en el catre-barquilla.

A poca altura, el globo se detiene, tirado por la cuerda que ha quedado fija a una estaca en el centro de la plaza. Entonces el intrépido aeronauta, que advierte el obstáculo, con la celeridad del pensamiento, saca su navaja de turista, y de un tajo corta la tirante cuerda: el globo da una tremenda embestida y se lanza libremente en el espacio con una velocidad vertiginosa.

—¡Misericordia!... —gritó Sancho tendido en el fondo del catre, en tanto que D. Quijote, erizados los cabellos y centellante la mirada, le decía con voz de trueno:

—¡Arriba, Sancho! Prepara el termómetro porque vamos a tomar de cerca la temperatura del sol!...



Policarpo, cansado de esperar la vuelta del Dr. Quix, de quien no se tuvo más noticia, resolvió en noche de nostalgia y de absintio, abandonar su patria latino-americana, tierra de pigmeos y salvajes, como la llamaba él, para volverse con su fardo de ideales a vivir entre los civilizados habitantes del Norte.

Lola, la pobre Lola, víctima de una educación funesta, herida en la mitad del alma y desilusionada de la vida superficial y ostentosa del gran mundo, cambió por completo de carácter e ideas, volviendo a las sencillas costumbres de su pueblo, y abriendo otra vez su corazón a los afectos de la tierra nativa, como único consuelo en su irremediable infortunio.

La villa de Mapiche continuó, sin embargo, disfrazada con la brillante nomenclatura moderna introducida en tiempo del Dr. Quix, y El Flamígero, que salía de cuando en cuando, convertido en la fugaz hoguera de donde salía todo este humo de paja.

Pero no es de admirar que el maestro Toribio, la Toña y otros cándidos, viviesen muy orondos con su nuevos títulos y letreros, sino que el mismísimo D. Gaspar, iniciador de la comedia, llegase a confesar, en serio, que sentía cierta satisfacción inexplicable cuando le daban oficialmente el ilusorio título de Primer Jefe del Cuerpo de Bomberos!

Esto nos prueba, querido lector, que el mal es contagioso; de donde resulta que en estos dichosos tiempos de evolución y cosmopolitismo, todos, cual más cual menos, profesamos y seguimos, como el Quijote moderno, la Orden Caballeresca del Progreso Onomástico.

*Fin.*

